

JUEGOS DE PIEL EN LA ADOLESCENCIA: ENTRE ESCARIFICACIÓN Y ORNAMENTACIÓN

Hay en nosotros momentos de exceso: esos momentos ponen en juego el fundamento sobre el cual descansa nuestra vida; nos es inevitable llegar hasta el exceso en el que tengamos la fuerza de jugarlos lo que nos funda. Negando tales momentos, por el contrario, desconoceríamos lo que somos.

Georges Bataille

La existencia es una historia de piel

La piel es la evidencia de la presencia en el mundo. Es el lugar del cuerpo que queda a la vista, permanentemente a consideración de los demás. Por ella somos reconocidos, nombrados, identificados en un sexo, en una calidad de presencia (seducción, etc.), en una edad, en una "etnicidad" e, incluso, en una condición social. También indica de entrada la dimensión afectiva de una palabra (rubor, palidez, sensación de frío o de calor en una situación moral, expresiones del rostro, del cuerpo...) e, incluso, un estado de salud (color, granos, etc.). Difunde olores íntimos y no deja de desbordarnos y de revelar a los demás significaciones personales, incluso, aquellas que desearíamos mantener ocultas. Pero la piel es siempre doble, el individuo sólo controla una parte de ella; si bien esconde, a veces, en el mismo acto muestra. En nuestras civilizaciones occidentales vamos hacia los otros con las manos y la cara desnudos, entregados a su conocimiento y al riesgo de su reconocimiento. La

piel envuelve y encarna a la persona, vinculándola a los demás o distinguiéndola según los signos utilizados. Su textura, su color, sus cicatrices, sus particularidades (lunares, arrugas, etc.) dibujan un paisaje único. Conserva, como un archivo, las huellas de la historia individual, como un palimpsesto del que sólo el individuo tiene la llave: huellas de quemaduras, de heridas, de operaciones, de vacunas, de fracturas, etc. De ese modo, en la hermosa escena del canto XIX de la *Odisea*, donde Ulises, al volver a Ítaca, es reconocido por su vieja nodriza Euriclea gracias a la cicatriz que tiene en el muslo. La huella cutánea se vuelve signo de identidad. A menudo se la usa para ponerle nombre a cuerpos que han quedado anónimos, en casos criminales o en los campos de batalla, donde las "señas particulares", como tatuajes u otras singularidades cutáneas, son ya la única cédula de identidad posible.

La piel es el órgano del contacto por partida doble. Al ser el lugar que encarna el tacto, se apela continuamente a un vocabulario cutáneo o táctil para metaforizar de manera privilegiada la percepción y la calidad del *contacto* con los otros, calificando el sentido de la interacción. Se establece *buen o mal contacto* con los demás. Hay *química* u *onda* (o no), uno *se palpa* antes de tomar una decisión. Tener *tacto* o *tiento* consiste en *tocar* temas delicados con modales adecuados y discretos. Una fórmula *pega*, *toca* la cuerda sensible o hace *vibrar*. Uno resulta *herido en carne viva* por un contacto que *da urticaria*, *eriza los pelos*, *crispa los nervios*, sobre todo si uno está *a flor de piel* y si tiene *cuestiones de piel*, etc. Este léxico cutáneo para expresar la relación con el otro es inagotable (Le Breton, 2007).

La piel es un umbral, al mismo tiempo instancia de apertura y de cierre al mundo según la voluntad del individuo. Frontera simbólica entre el afuera y el adentro, lo exterior y lo interior, el otro y uno, fija un límite móvil en la relación del individuo con el mundo. Superficie de proyección y de introyección de sentido, encarna la interioridad. Camino que lleva a la profundidad de sí,

es un sismógrafo del sentimiento de identidad, traduce los "estados de ánimo". En tanto cristaliza algo del vínculo social, también es el lugar dónde resolver las tensiones, desanudar las crispaciones. La relación con el mundo de todo hombre es una cuestión de piel y de solidez de la función contenedora. Instancia fronteriza que protege de las agresiones externas o de las tensiones íntimas, proporciona la sensación de los límites de sentido que permiten sentirse llevado por la existencia y no, preso del caos o de la vulnerabilidad. La piel es, por excelencia, un objeto transicional.

Pantalla sobre la que se proyecta una identidad soñada recurriendo a las innumerables formas de puesta en escena de la apariencia, arraiga el sentimiento de sí en una carne que individualiza. Las marcas corporales, como el tatuaje y el *piercing*, son maneras de inscribir límites de sentido directamente sobre la piel. De modo que esos signos añadidos deliberadamente se convierten en signos de identidad enarbolados sobre sí mismo. Ya no son, como antaño el tatuaje, una forma popular y un poco atrevida de afirmar una singularidad radical; calan hondo en el conjunto de las jóvenes generaciones, sin distinción de condición social, interpelando tanto a los varones como a las chicas. En nuestras propias sociedades individualistas, quienquiera que no se reconozca en su existencia puede intervenir sobre su piel para cincelarla de otra manera. Intervenir sobre ella equivale a modificar el ángulo de la relación con el mundo. Tallar en la carne es tallarse una imagen deseable de sí mismo remodelando su forma.¹ La piel es una instancia de fabricación de la identidad. Si uno no puede ejercer control sobre sus condiciones de existencia, al menos puede cambiar su cuerpo. La piel es la interfaz entre la cultura y la naturaleza, entre uno y el

1. Sobre las modificaciones corporales en las sociedades humanas, C. Falgayrettes-Leveau (bajo la dir. de), *Signes du corps*, Paris, Musée Dapper, 2004; y sobre las modificaciones corporales en nuestras sociedades: D. Le Breton, *Signes d'identité. Tatouages, piercings et autres marques corporelles*, Paris, Métailié, 2004 (2015).

otro, entre el afuera y el adentro. Una instancia de mantenimiento del psiquismo². El sentimiento de sí mismo se arraiga en las sensaciones corporales y particularmente en la piel, en tanto ésta es el lugar directo de contacto con los demás y con el mundo. La piel es una primera línea de defensa y, por lo tanto, una línea de sentido frente a la complejidad del mundo circundante. Caparazón para unos, para otros es zona de contacto, dependiendo de su historia personal.

Las intervenciones sobre la piel son intentos de reorganizar las fronteras entre el afuera y el adentro, un ejercicio para atravesar un pasaje delicado. Atormentado por la pubertad o por las dificultades para entrar en su existencia, el adolescente ve que su cuerpo se le escapa, y la inquietud que siente al respecto le da la impresión de estar bajo el fuego de la mirada de los otros. Su utilización de las marcas corporales intenta domesticar simbólicamente el cambio. "(...) me sentía súper bien, como si fuera una persona nueva, con nombre nuevo y hasta un cuerpo nuevo. Mi antigua identidad de Chappie no había muerto, pero se había convertido en un secreto. Un tatuaje te hace esa clase de cosas: te hace pensar en tu cuerpo como un traje particular que puedes ponerte o sacarte cada vez que quieres. Un nombre nuevo, si es lo bastante cool, tiene el mismo efecto. Y experimentar las dos cosas al mismo tiempo es conocer el poder."³

Las marcas corporales ponen en práctica el intento de corregir la imagen de sí mismo. Por ejemplo, Marie de 22 años. En un aula de la facultad, un piercer acaba de hablar de su oficio con pasión. Marie levanta la mano y expresa su deseo de dar testimonio de su experiencia personal del tatuaje. Dice haber deseado por mucho tiempo hacerse un tatuaje sin encontrar las circunstancias favorables. Pero una noche, después de una *rave party*, eufórica, encuentra un tatuador que ofrece sus servicios en una camioneta. Piensa que ha llega-

do el momento. Marie lucha contra los sollozos que la invaden de repente. Y dice, llorando: "Cuando salí con mi tatuaje, por primera vez en mi vida tenía la impresión de que mi cuerpo estaba completo". El tatuaje tuvo, en su caso, un valor para volver al mundo. Vino a sellar una carencia del ser.

Cambiar de piel

El gusto por el *piercing* o el tatuaje es una mezcla ambigua de reivindicación de la originalidad y de sumisión a las actitudes propias de una cierta edad. La creencia adolescente en la eternidad de los valores vividos en el presente, despierta el fervor por tatuajes que provienen del marketing, de los CD's, de los logos de grupos musicales, de siglas comerciales, etc. Son pocos los que diseñan su propio tatuaje para estar seguros de ser los únicos en tenerlo. Muchos testimonios mezclan un discurso de singularidad y la sensación de participar de una corriente subterránea de la sociedad. La contradicción no es percibida porque participa de las lógicas de consumo. El testimonio de Claire es, en este sentido, caricaturesco: "Mi encuentro con el *piercing* fue para tener un arete que no esté en la parte de abajo de las orejas. Por qué, no lo sé. Quise eso porque estaba de moda. Sí, quise hacer eso para tener algo distinto en relación a los demás" (Claire). "No soy como todos. No me gustan los moldes. Me rehusé a entrar en ellos. La gente es toda idéntica. Un *piercing* me diferencia" (Sandra). Estamos en las antípodas de las actitudes rebeldes de los años ochenta, ante una actitud consumista. Mimados por el marketing, estos adolescentes carecen del distanciamiento de sus mayores para investir a sus marcas corporales con una significación más personal. La referencia fundadora, en un contexto social de descalificación de la transmisión y de la autoridad, es en adelante la de los pares, no ya la de los padres.

2. D. Anzieu, *Le moi-peau*, Paris, Dunod, 1985.

3. Russell Banks, *Sous le règne de Bone*, Paris, Babel, 1995, 128.

Muchos jóvenes confiesan que no querían a su cuerpo (forma de decir que no se querían a sí mismos) antes de la intervención del piercer o del tatuador. *"En relación a los tatuajes y al piercing, han sido un medio de volver a apropiarme de mi cuerpo y aceptarlo y, por lo tanto, de no tener más complejos, verlo hermoso por fin; no me gustaban mis senos, les hice un piercing, ahora me gustan. No me gustaba mi cara, con un look me gusta"* (Sophie, 19 años). *"Me ayuda a olvidar mis mierdas, los complejos que tengo. Mira, si no tienes lindos pechos, les haces un piercing, así es otra cosa, tiene algo bonito"* (Aurore, 18 años). *"Mi tatuaje es personal. Tenía físicamente vergüenza de mi cuerpo. Nunca me ponía una remera. Siempre llevaba mangas largas, pantalón largo, hasta en la playa. Tenía realmente vergüenza de mi físico, de mi cuerpo. En el momento que me tatué, desaparecieron mis complejos. Me animé a mostrarme"* (23 años, tatuador). La marca envuelve al cuerpo de narcisismo. A su alrededor la imagen de sí se reconstruye felizmente, se la percibe no sólo como formando totalmente parte del cuerpo, sino como su parte más digna de interés. Se instalan así, formas de restauración bajo la égida de tatuadores o piercers que asumen, sin saberlo o a plena conciencia, el papel de pasador.⁴

Lucy, 23 años, que empieza una carrera de artista, lo recuerda: *"Me siento más segura de mí misma, menos dependiente de los demás. Si tengo ganas de hacer algo o de decirlo, lo hago con más facilidad que antes. Antes era mucho más cerrada. Es extraño lo que puede lograr un simple piercing. Tengo más confianza en mí. Fue mi primera decisión importante. Es el cambio más grande de mi vida"* (20 años, estudiante). *"Te dices casi que eres un hombre, uno de verdad al que nadie querría molestar. Es medio tonto, eh, pero también hay algo de eso"* (21 años, estudiante). El signo corporal favorece atravesar una etapa de la existencia. Tiene incidencia sobre el sentimiento de sí mismo, una inyección íntima de sentido. La eficacia de las modi-

4. "Passeur" en francés significa barquero o pasador, pero también articulador social. (N. del R.)

ficaciones corporales en términos de cambio, no es evidentemente un dato inherente al acontecimiento, depende del investimento psíquico del sujeto, de sus expectativas, de sus representaciones. El mismo signo que es vivido por uno como un adorno corporal, para otro acompaña una experiencia "espiritual" que le transforma la vida.

Rasgar la piel de una identidad intolerable

La adolescencia es una existencia a flor de piel en sentido figurado, pero también real, en la medida que a las fronteras de sentido aún les cuesta establecerse. La piel es el lugar de la interfaz con los otros. Pero es una frontera desollada viva, porque las fronteras simbólicas entre uno y los demás, entre el mundo interno y la realidad social todavía no están establecidas. El joven aún está buscando su lugar en el mundo, un centro de gravedad, precisamente para sentirse bien en su piel. Se siente trabado por un cuerpo que, aunque le pertenece, todavía no es el suyo, atrapado en una carne rebelde que aún no logra integrar como propia. Se siente torpe, lerdo, irrisorio, feo, otro, sin poder dilucidar quién es. La relación con el espejo es para él una prueba cotidiana.

Lugar de regulación con el mundo, espacio de reconquista, materia prima para construirse un personaje por fin propicio, el cuerpo es también un lugar de encierro en sí mismo que el joven incómodo en su piel a veces tiene precisamente ganas de sacarse, de romper. La ambivalencia respecto del cuerpo hace de él un objeto transicional destinado a amortiguar los golpes que el joven cree recibir en su integración problemática al mundo. Lo mimó y lo desuella, lo cuida y lo maltrata, lo quiere y lo odia según las circunstancias, con una intensidad variable ligada a su historia personal y de acuerdo a la capacidad de su entorno de servir o no de contención. Cuando faltan los límites, el joven los busca en la superficie

de su cuerpo, se arroja contra el mundo para establecer su soberanía personal, para diferenciarse de los demás, dar a luz a un sí mismo enterrado bajo el sufrimiento, zanjar⁵ por fin entre el afuera y el adentro, establecer una zona propicia entre interior y exterior. El cuerpo es un asunto de identidad que le permite encontrar su lugar en el tejido del mundo, pero no sin turbulencias y no sin haberlo sometido a maltrato. La piel a veces es el rodeo caótico que lleva a una inserción por fin propicia en el lazo social. Durante el pasaje adolescente el cuerpo es el campo de batalla de la identidad. La piel, que es su instancia visible, es el recurso más inmediato para cambiar su relación con el mundo. Cambiando su cuerpo, pretende en principio cambiar su vida.

Las incisiones corporales son un medio último de lucha contra el sufrimiento. Hombres o mujeres, sobre todo mujeres, perfectamente integrados en el seno del lazo social, recurren a ellas como a una forma de regulación de sus tensiones. Nadie sabe de su comportamiento. Muchas incisiones conciernen a personalidades que sufren de ausencia de límites, de una incertidumbre acerca de las fronteras entre su psiquismo y su cuerpo, entre su realidad y su ideal, entre lo que depende de ellos y lo que corresponde a los otros. Son vulnerables a la mirada de los demás o a las fluctuaciones de su entorno. Son desollados vivos, es decir, que han sido despellejados del sentido, están indefensos ante las heridas narcisísticas infligidas por los otros o por su indiferencia en relación a sus expectativas. Falta la propia cohesión, el narcisismo necesario para la existencia está insuficientemente apuntalado. Cualquier decepción es vivida con intensidad, sin distanciamiento. La carencia de una relación sólida y confiada con el mundo provoca la vuelta contra uno mismo, en una especie de cirugía brutal, pero ritual, significativa, para volver a encontrar lo más cerca de sí las referencias que faltan. Entonces, en

5. El término utilizado en francés *-trancher-* significa también "cortar" (N. del T.).

los momentos de crisis se imponen momentos fulgurantes de pasaje al acto como una necesidad imperiosa.

El cuerpo, y en particular la piel, es un refugio para aferrarse a lo real y no hundirse. Los ataques al cuerpo son antes que nada un ataque contra las significaciones que se le adjuntan. Como en otro plano los intentos de suicidio, son intentos de despojarse de una piel unida a una percepción insoportable de uno mismo, son intentos de vivir (Le Breton, 2012; 2013). Manera simbólica de destruirla para cambiar de vida⁶ y convertirse en otro. Los ataques a la integridad corporal no se plantean, en principio, la hipótesis de la muerte. Las incisiones, las escarificaciones, las quemaduras, los puntazos, los golpes, los raspones, las inserciones de objetos bajo la piel no son indicios de una voluntad de destruirse o de morir. Son la última manera de instalar sentido en su cuerpo cortando por lo sano, es decir, sacrificando una parte de sí mismo para poder continuar viviendo. La incisión corporal conjura una catástrofe del sentido, absorbe sus efectos destructivos fijándola sobre la piel e intentando recuperar el control. Se opone al sufrimiento, es un compromiso, un intento de restauración del sentido.

Muchas incisiones conciernen a jóvenes que sufren de ausencia de límites, de una incertidumbre acerca de las fronteras entre su psiquismo y su cuerpo, entre su realidad y su ideal, entre lo que depende de ellos o de los otros. Al sufrir de un déficit narcisístico, son vulnerables a la mirada de los otros o a las fluctuaciones de su entorno. La inconsistencia de su yo debilita su relación con el mundo y los vuelve desollados vivos, es decir, despellejados del sentido, indefensos ante las heridas narcisísticas infligidas por los otros o por su indiferencia respecto de sus expectativas. Cualquier decepción se vive con intensidad, sin distanciamiento. Tienen la impresión de no ser totalmente reales, de no habitar ni su cuerpo, ni

6. El autor utiliza la expresión francesa *faire peau neuve*, literalmente: "hacer piel nueva", cambiar de piel. (N. del T.)

su existencia. Las escarificaciones, como la mayoría de las conductas de riesgo de los jóvenes, son intentos de separarse, de diferenciarse de sí mismos, aliados a una voluntad de hacerse autónomos por no haber encontrado carne en su cuerpo y establecido la distancia adecuada respecto de los demás. El incesto o los abusos sexuales son otra de las razones principales de las escarificaciones y de ese rechazo de sí mismo, de esa sensación de cargar para siempre con un cuerpo mancillado.⁷

Cortar con el sufrimiento

La imposibilidad de salir de la situación por medio del lenguaje obliga a pasar por el cuerpo para descargar la tensión. El dolor físico es una barrera simbólica que se le opone al sufrimiento, una manera de contener la hemorragia y transferirlo a un espacio donde por un instante se hace controlable (Le Breton, 2005; 2010). Intento desesperado por mantenerse en el mundo, por encontrar de dónde agarrarse. Es un dolor homeopático, porque previene de un sufrimiento indecible y aplastante. El desollado vivo se despelleja para retomar el control, busca lastimarse, pero para que le duela menos. A veces hace falta sacrificar una parte del cuerpo para salvar algo de sí. La huella corporal lleva el sufrimiento a la superficie del cuerpo, allí donde se hace visible y controlable. Se la extirpa de una interioridad que aparece como un abismo.

Sin duda sería tranquilizador eliminar la cuestión que plantean los que atentan contra su cuerpo reduciéndola a locura, enfermedad, pero es imposible dejar de ver que una inmensa mayoría de los que actúan así, no dejan por ello de mostrar todas las apariencias

de una integración social sin problemas. Atañen a individuos cuyos familiares están a menudo lejos de imaginarse que ellos recurren a esos procedimientos para mantener el control de su vida. Las heridas corporales deliberadas no son un mayor indicio de locura que los intentos de suicidio, las fugas, los trastornos alimenticios u otras formas de conductas de riesgo de las generaciones jóvenes; más bien son intentos de forzar el pasaje para existir. Martine lo dice con fuerza: “*los cortes eran la única manera de soportar ese sufrimiento. Es la única manera que encontré en ese momento para no querer morir*”.

La alteración corporal es una redefinición de sí mismo en una situación penosa. Puede ser única, correspondiendo a un episodio que haya desbordado en ese momento las capacidades de elaboración simbólica del sujeto, pero puede repetirse muchas veces, convirtiéndose en una manera usual de luchar contra el miedo a la fragmentación. Cuando se produce en esas circunstancias, sin real premeditación, el ataque al cuerpo no está desprovisto de una consciencia residual. El sujeto no se daña en cualquier parte o de cualquier manera. La muñeca es el primer lugar del cuerpo al que se le apunta, pero también los antebrazos, el pecho, el vientre o las piernas. La cara, que encarna justamente el principio sagrado de la identidad personal, la parte más sagrada de sí, pocas veces es afectada (Le Breton, 2009). Si finalmente es atacada, entonces el individuo está dando un paso fuera de la vida ordinaria, su sufrimiento lo desborda en exceso, está al filo de destruirse. La preocupación por preservar la cara refleja la voluntad de mantenerse en el centro del lazo social, de no cortar los puentes. Lo mismo vale para los ataques a los órganos sexuales, otro lugar importante del sentimiento de identidad. Aunque juegue con los límites, el individuo no pierde por completo el control de su gesto. Hay una (antropo) lógica del acto, una coherencia, una búsqueda de apaciguamiento y no de destrucción personal. La profundidad de los cortes y el lugar de su ejecución nunca son aleatorios. La vista ejerce un efec-

7. Para un abordaje más profundo de los ataques al cuerpo, me remito a D. Le Breton, *La peau et la trace. Sur les blessures de soi*, Paris, Métailié, 2012.

to de control del acto. Pero sobre todo materializa el sufrimiento bajo la forma de la incisión y de la sangre. El impacto de la mirada redobla el impacto de las sensaciones, y mejora la eficacia del alivio experimentado.

El ataque al cuerpo es precedido por la sensación de menoscabo de sí mismo, de una pérdida total de sustancia en una suerte de hemorragia de sufrimiento. Eso forma parte del vértigo que caracteriza a todas las conductas de riesgo (Le Breton, 2012); esta caída en el interior de sí mismo evoca una pérdida de control y de lucidez, como si el piso del pensamiento se derrumbara; momento de ruptura con lo real, de torbellino. El joven siente el aumento del afecto como un sofoco. Sufre una intrusión mortífera y vive un derrumbe del sentido, el despliegue de un sentimiento que parece inacabable. El papel de ataja-excitación de la piel es desbordado por la virulencia del afecto, y la cortadura es la única oposición a la sensación de ser menoscabado. Reencontramos en lo sentido por la persona que se corta la "agonía primitiva" o la "angustia impensable" descritas por Winnicott. Sin duda, para muchos adolescentes las circunstancias que motivan el ataque corporal son la reviviscencia del "*temor a un colapso que ya ha sido experimentado*" (Winnicott, 1975, 38-39). La falta de un entorno que sostenga, dentro suyo y afuera, lleva a la búsqueda de un mecanismo para parar la caída.

La incisión levanta un dique para conjurar la pérdida narcisística, que amenaza con arrasarlo todo a su paso. El sufrimiento irrumpe por la fuerza y amenaza con destruir a un Yo debilitado, vulnerable. El joven se arroja contra su cuerpo para inscribir un límite sobre su piel, fijar el vértigo. Vuelve a convertirse en protagonista. El corte es un medio paradójico, pero provisionalmente eficaz de luchar contra el vértigo tomando la iniciativa de saltar al vacío. "*La primera vez que me corté tenía once años, pensaba en mi padre y en la forma en que murió. Eso era demasiado fuerte. Entonces me raspé, y luego me corté. Mi madre a veces trataba de impedírmelo, pero a mí eso me aliviaba. No sé por qué*" (Carole, 19 años). Cuando el sufrimiento abruma, se

borran los límites entre uno y uno mismo, entre el afuera y el adentro, entre la presencia en el mundo y la avalancha de los afectos. La salvación consiste en chocar contra el mundo en busca de contención. La herida pretende romper la disolución, atestigua el intento de reconstituir el vínculo interior-exterior por medio de una manipulación de los límites del sí mismo. Es una restauración provisoria de la envoltura narcisística. La agresión psíquica se reabsorbe sobre una piel ni totalmente suya, porque el cuerpo no es aceptado en tanto se arraiga en una existencia desaprobada, ni del todo ajena, ya que es el lugar ineludible de la presencia en el mundo. La restauración brutal de las fronteras del cuerpo detiene la caída, borra el vértigo y provoca la sensación de estar vivo y ser real. La paradoja de la herida deliberada es la de colmar una brecha de sentido. Expresa la decepción llevando los golpes a la parte del cuerpo que mejor simboliza la interfaz con el mundo, la piel. Apunta a cortar de cuajo la tensión. La herida es una certificación de existencia, reiterada sin cesar hasta tanto se elabore una significación más feliz: la certeza de estar todavía vivo.

El alivio es provisorio y hay que reproducir el acto para rechazar cada vez la decepción y seguir adelante. La falta de una relación sólida y confiada en el mundo provoca el volverse contra uno mismo en una suerte de cirugía brutal, pero significativa, para volver a encontrar junto a sí los puntos de referencia que faltan. Momentos fulgurantes de recurrir al cuerpo se imponen entonces en los momentos de crisis.

El sufrimiento recurrente a menudo desborda de la herida, la fijación sigue siendo provisoria y obliga a renovar la llaga en un intento aún prematuro de circunscribirla a ella. La agresión al cuerpo es puntual o bien, dura algunos meses o más; termina cuando el gusto por vivir es restaurado, quedando luego el individuo horrorizado por su gesto o recurriendo a formas distintas de autocontrol. Para otros, se vuelve una manera regular de existir, de poner la mira en las heridas afectivas de lo cotidiano. En tal caso es una ceremonia

secreta, realizada como una liturgia íntima (Le Breton, 2010; 2011; 2012). La penosidad perdura entonces más allá de la adolescencia, la fractura de sí es demasiado aguda y exige un compromiso para seguir existiendo.

Son cortaduras que dejan más o menos huellas cutáneas, salvo durante los momentos más agudos de las dificultades personales, cuando se hacen más profundas. La incisión es una ritualización *in extremis* de lo insostenible, porque no hay otra salida. Ante cada acontecimiento doloroso proporciona sosiego y el pasaje. Algunos dependen de sus incisiones como otros del alcohol o de la droga. Hay que rasgar la piel sin parar para cambiar de piel y alejar la adversidad.

El sujeto en sufrimiento se aferra a su piel para no hundirse. La cortadura es una incisión de lo real, le confiere enseguida al sujeto un arraigo en el espesor de su existencia. Es un tope que sirve de contención, un remedio para no morir, para no desaparecer. El individuo vuelve a encontrar un alivio provisorio. Cortando su cuerpo y haciendo salir de él lo que lo ahoga, justamente recupera el aliento y vuelve a encontrar entre el mundo y él mismo un espacio de simbolización que restaura su posición de protagonista. La capa de sufrimiento es perforada por una agresión vuelta contra sí mismo porque sólo allí se lo puede controlar. El impacto de lo real inducido por la cortadura, el dolor consentido, la sangre que corre, vuelve a anudar los fragmentos dispersos de sí. Permite volver a unirse. Después de la primera incisión, Caroline expresa no haber tenido nunca la intención de detenerse, por lo mucho que ese gesto ordenaba su caos interior, le aportaba un sosiego inalcanzable de otra manera. Ella se corta cada día, o dos o tres veces por semana. "*Cortar era una solución para todo*" (Kettlewell, 1999, 63): decepción, remordimiento, sentimiento de culpa, inseguridad, frustración, incertidumbre ante el porvenir, etc. La incisión es una especie de pértiga que lo ayuda a mantenerse sobre la cuerda de su existencia.

Una sangría identitaria

Remedio contra la desintegración personal, la incisión corta por lo sano para salvaguardar la existencia. Rito privado para volver al mundo después de haber estado a punto de perder su lugar en él, aunque haya que pagar el precio, libera de tensiones intolerables que amenazan con desintegrar al yo. El derrame de sangre restablece una frontera tranquilizadora. Después de la incisión vuelve la calma, aun cuando siga siendo doloroso, se puede volver a pensar el mundo. Dar un rodeo por la agresión corporal es una forma paradójica de lograr alivio. Al ser materia de identidad, el cuerpo es materia de tratamientos, es soporte de una medicina severa, pero eficaz. El dolor purifica al sujeto de sus "humores" desgraciados, lo vuelve a poner en el camino después de haber saldado la deuda del momento. La sangre no es cualquier sustancia, viene del cuerpo, está asociada a la vida y a la muerte, a la salud y a la herida, derramarla deliberadamente equivale a ejercitar una potencia de transgresión. En el contexto de abusos sexuales, donde el joven se siente "mancillado", "sucio", recurrir a las escarificaciones forma parte de un rito íntimo de purificación, derramar la sangre de la deshonra buscando la pureza.

Los poderes simbólicos de la sangre en materia de cura en las medicinas tradicionales están ampliamente comprobados. Sustancia de vida en el interior, al mismo tiempo que sustancia de muerte cuando se la vierte, está cargada de una potencia simbólica, sobre todo si el que la derrama es el amo de lo que se inflige. Cuando surge, para el sujeto que se corta es un flujo de lo real, materializa el sacar la tensión fuera de uno mismo. La cortadura es una sangría identitaria para purgarse del "pus", de la "mala sangre"; expulsarla de sí es recuperar transitoriamente un cuerpo propio⁸, no invadido por el otro. "*Quiero evacuar algo malo, lo que me carcome y me*

8. *Propre* en francés significa al mismo tiempo "propio" y "limpio". Ambas acepciones se suman entonces aquí (N. del. T.).

destruye, quiero expulsarlo, que se detenga" (Vanessa, 19 años, estudiante). Martine, hoy de 38 años, cuando tenía cerca de 20 años se cortó durante varios años. *"Era un estado de ánimo. Una especie de exceso de algo. Hacía falta que lo hiciera salir, como pus. Algo destructivo. Era una especie de energía negra, la tenía que eliminar, y yo la hacía salir físicamente de mí, quizá porque no podía decirla"*. Destituido de todo valor, el cuerpo expresa asco. El desinvestimiento de sí se traduce en la forma de esas imágenes negativas. Derramar su sangre es una especie de "drenaje" de sufrimiento e impureza. Es un intento simbólicamente fuerte de "salir de sí mismo". Para Martine, ver sangre era insoportable. Sin embargo, cuando se cortaba, las sensaciones eran muy distintas: *"Estaba ese vértigo, ese estar mal, ese malestar y, al mismo tiempo, un júbilo de ver la sangre. Me acuerdo de una vez en que me corté más fuerte de lo que hubiera querido. Había júbilo al ver correr la sangre, corría en abundancia y era un regocijo. Pero también había mucho miedo, porque yo estaba en desequilibrio, en realidad estaba en peligro"*.

El cuerpo es el espacio "transicional" que distingue de manera radical lo interior y lo exterior, es un péndulo de la existencia usado como objeto transicional para soportar la dureza de las circunstancias. El joven cree que mientras tenga sangre en el cuerpo tiene un remedio para sostenerse. Muriel, que se marca las iniciales de su novio preso con un pedazo de vidrio, expresa cuánto la tranquilizaba ver la sangre: *"Ves la sangre, es realmente una parte tuya, está dentro tuyo, te hace vivir y ves como corre. Sabes que vives. Ya cuando te cortas tienes sensaciones, te sientes viva. Es como si supieras que tu vida te pertenece. Sé que puedo derramar mi sangre cuando quiera, mi cuerpo es mío, puedo abrirme las venas, puedo morir, soy realmente dueña de mi cuerpo, existo, bah. Eso es un poco lo que sientes cuando ves correr tu sangre"*. La práctica de la incisión es una especie de sangría identitaria, un derrame metódico de sangre para lograr una relación más feliz con uno mismo y con el mundo. Un rito personal para conjurar la infelicidad y purificarse.

Por medio de su acto, el adolescente también experimenta lo posible que se agita en él, aprende a conocerse mejor confrontándose a una realidad que le cuesta entender, pone a prueba así su autonomía. *"En el momento de hacerlo experimentaba una cierta satisfacción, un poco como una válvula, algo que te hace respirar un poco (...) Yo quemaba la hoja del cúter, la idea era desinfectar (...) La idea era soltarse, pero no quería que se supiera, no estaba muy seguro de mí por entonces, a esa edad te da una cierta satisfacción hacer cosas como esa, pero a escondidas. Es como fumar el primer porro. Nunca se lo conté a nadie"* (Bernard, 20 años). A los trece años, Emmanuel se corta *"esos cortes con tijeras, cuchillos, navaja de afeitar, cúter, en mis antebrazos, los hacía en forma entrecortada, rápida, frenética, como si ya no controlara mi cuerpo, era regocijante, corría la sangre y yo veía el pus de mi sufrimiento, de mi malestar, de mi infelicidad. Creo que eso tenía un significado o que detrás de esos actos se perfilaba inconscientemente una idea de absolución de un pecado original. Me sentía culpable de haber nacido para sufrir, esos actos eran a la vez un castigo y una liberación⁹ hacia un renacimiento"*. La escarificación es especialmente un intento de dominar las sensaciones corporales retomando las riendas, tanto más cuanto que las lesiones a menudo deben ser curadas en secreto para no atraer sobre ellas la atención o, a la inversa, ser mantenidas en secreto como focos de sensaciones. En ambos casos, que pueden alternar, el sujeto sigue sintiéndose existir, experimenta la consistencia de su relación con el mundo por medio del recordatorio de un límite en la misma carne.

Una envoltura de dolor

La escarificación opone el dolor al sufrimiento, la herida física al desgarramiento moral. Muriel, de dieciséis años por entonces, lo atestigua

9. *Delivrance* en francés; también significa "alumbramiento". (N. del T.)

con elocuencia. Enamorada de un muchacho toxicómano y *dealer*, se entera que él está de nuevo en prisión preventiva. Se encuentra sola en una plaza pública. Su mirada cae sobre un pedazo de vidrio en el suelo. Graba sobre su piel las iniciales de su novio, y formula de manera ejemplar la potencia de atracción de la cortadura en esos momentos de aflicción: “Eres tan desdichada en el fondo de ti misma, es la pena de amor, sabes. Eres tan desgraciada en tu corazón, entonces te haces daño para tener un dolor corporal más fuerte y así ya no sentir tu dolor en el corazón, ¿te das cuenta?”.

El dolor de la herida y de su cicatrización, la tensión que permanece sobre la piel, la vista de la llaga o de sus huellas, apaciguan el sufrimiento. La barrera del dolor físico ahuyenta el caos, da la sensación de poder controlarlo siempre. De allí el investimento del instrumento por muchos adolescentes que se cortan: la navaja de afeitar, el cúter, el cuchillo, el trozo de vidrio son objetos de salvación que traen el alivio. Los ataques al cuerpo intentan devolverle una capacidad contenedora a la piel, instalando en forma regular no una envoltura de sufrimiento, como escribe D. Anzieu (1985, 109), sino una envoltura de dolor (Le Breton, 2010). El sufrimiento es precisamente aquello a lo que el ataque al cuerpo se opone. Se trata de apostar al dolor (que uno controla) contra el sufrimiento (que está en la vida y es incontrolable). Eso en particular explica por qué tantas adolescentes dicen que sus incisiones no les duelen. Ellas sienten el corte, pero no le atribuyen sufrimiento. Este último es del orden de lo incontrolable y de la invasión de sí, el dolor autoinfligido no posee esa virulencia, es una sobrecarga penosa de dolor, pero que justamente viene a contrarrestar el sufrimiento que está en la vida y en el interior de uno mismo.

El dolor es un intento de apaciguar el sufrimiento. Restablece una función debilitada de agarrarse al mundo. “Yo grababa, grababa, y veía correr esa sangre, no me acuerdo incluso de que doliera, me acuerdo que picaba, picaba, eso sí (...) Creo que tenía tanto dolor en el corazón que de hecho no sentía el dolor (...) La primera vez lo hice

con un vidrio que había encontrado y después, como una loca, volvía a pasarle una hoja de afeitar por encima dos o tres días después, y en esa época andaba por allí con un cortaplumas en la cartera, así que también con el cortaplumas; en realidad después se hizo prácticamente sistemático. En cuanto algo no andaba, yo volvía a marcar encima. Después me lo hice en el tobillo, es verdad que duele menos el tobillo, sí, además debía estar menos enamorada ya que sentía más el dolor (...) Cuando te cortas, ya sabes que vives, tienes sensaciones, te sientes viva, y luego, cuando ves tu sangre, es como que tu vida te pertenece, puedo hacer lo que quiera, puedo derramar mi sangre como quiera, mi cuerpo es mío. Si quiero puedo abrirme las venas, puedo morir, soy realmente dueña de mi cuerpo, existo, bah; eso es un poco lo que sientes cuando ves correr tu sangre” (Muriel). Mary, una paciente de J. Kafka, expresa ese imperativo de no aumentar el sufrimiento, sino combatirlo. Ella se corta con una hoja de afeitar, pero se detiene en cuanto el dolor se hace demasiado agudo y se esfuerza por mantenerse en un renglón en el que por fin se siente “viva”. El dolor es buscado bajo la forma de un límite, de un refuerzo identitario que alimenta el sentimiento de existir. Si se desborda y se vuelve sufrimiento, Mary deja de cortarse y ve correr la sangre con alivio, en forma casi feliz (Kafka, 1969, 207). El no poder agarrarse de su entorno, la sensación de insignificancia personal, no dejan opción. La herida corporal deliberada es la búsqueda a tientas de un umbral de dolor o de apertura de la piel que brinde la sensación cabal de existir. Una vez alcanzada ésta, la presión psicológica se relaja.

La piel ya no es la frontera propicia de regulación de los intercambios de sentido. El dolor y la marca cutánea refundan sus contornos, restablecen una frontera siempre por corregir. La envoltura de dolor es el precio a pagar para asegurarse de la continuidad de uno mismo. No se trata en ningún caso de masoquismo, porque la función no es gozar de él, sino garantizarse con él una existencia demasiado incierta de otro modo. Esa necesidad de lastimarse para que duela menos, de poner a prueba las fronteras personales

para asegurarse de la propia existencia, muestra enormes variaciones individuales, y la significación íntima del acto, una asombrosa polisemia (Le Breton, 2012).

La cortadura es superficial o profunda según la intensidad del sufrimiento sentido, se limita a un punto del cuerpo o se dispersa. Permite ahorrarse una posible intervención sobre el mundo. No pudiendo cambiar el entorno nefasto se cambia el cuerpo, se amortigua en uno mismo una ofensiva, desde el exterior o desde el interior, amenazante para el sentimiento de identidad. La incisión es ante todo una cirugía del sentido. Permite que "eso" salga. La conversión del sufrimiento en dolor físico restaura provisoriamente el arraigo en el mundo. El alivio obtenido se declina en forma diferente según las circunstancias y las personas que atentan contra su cuerpo. Algunas se manifiestan "calmadas" por el sólo hecho de la herida, otras por el dolor sentido en el momento, otras más bien por el correr de la sangre. En principio, el alivio es siempre provisorio. No resuelve en nada las circunstancias que han provocado la tensión, pero proporciona un respiro.

Que los ataques corporales sean claramente más numerosos entre las chicas confirma el hecho de que entre ellas el sufrimiento se interioriza, mientras que entre los varones toma más bien la forma de una agresión contra el mundo exterior. La mujer toma sobre sí la congoja, mientras que el hombre se proyecta con fuerza contra el mundo. Volviendo su sufrimiento (aquél que está en la vida) contra su propia piel, la mujer rechaza también el modelo de seducción que la ahoga y que hace de su apariencia el criterio principal de evaluación de lo que ella es, mientras que el hombre es juzgado más bien por sus obras. Ella dice precisamente que está siempre a flor de piel. Y que a veces está harta y entonces la lacera con gestos de rabia, buscando despojarse de una identidad femenina que lleva en la piel, pero que no soporta (Le Breton, 2012; 2011).

Ese investimento distinto de la piel en el hombre o la mujer se traduce también en el respectivo estatus de sus cortaduras. Mientras

la mujer a menudo actúa a solas y con total discreción, es habitual que el hombre lo haga a la vista de los demás, en una demostración sin equívocos de su "virilidad". En una situación en la que se encuentra en dificultades, pretende mostrar "que los tiene bien puestos" y que no se lo debe juzgar en base a apariencias engañosas. Si el acto traduce un sufrimiento, la incisión es sublimada, magnificada, desviada hacia una significación que se supone lo realza. El hecho de demostrar su coraje y hacerse daño para imponer su estatus, es una actitud más bien masculina. Muchas quemaduras de cigarrillos se efectúan así bajo la mirada de esos otros a los que se desea impresionar. Slim, de 17 años, está en un café con amigos de su edad que se burlan gentilmente de él. El tono de las discusiones aumenta. Las mesas están cubiertas de vasos vacíos de cerveza. Slim, que acumula fracasos personales, se sulfura de repente por una palabra de más. Se saca la remera, toma el cuchillo que tenía en el bolsillo y se raja varias veces el pecho con actitud desafiante. Proclama delante de sus amigos atónitos: "los jodí a todos". Slim ha proclamado simbólicamente su virilidad, aun cuando la existencia hasta ahora no le haya precisamente sonreído.

En ocasión de un fuerte enfrentamiento con su madre, Jérôme muestra que ya no es un niño, sino un hombre: "*Quise mostrarle a mi madre que no le tenía miedo a nada. Entonces agarré unas tijeras y me corté a nivel de la muñeca. Así como así, para mostrarle que no le tengo miedo a nada y que ver sangre no me hace nada. Ella estaba demasiado furiosa, me gritó, como de costumbre. Tengo que decir que eso me hizo bien. Por una vez me sentía tan seguro de mí mismo. Les mostré que soy capaz de poner en práctica mis amenazas de suicidio y que no soy un bocón como mi padre le dice a todos*". En ese contexto las heridas deliberadas son una demostración de excelencia viril o de resistencia y también una manera de poner de manifiesto el sufrimiento interno que se siente.

Actos de pasaje y no pasajes al acto

El joven exterioriza parte de su caos interno para ver las cosas con más claridad. Transforma en acto una imposibilidad de expresar las cosas o transformarlas. Donde faltan las palabras, el cuerpo habla para restaurar una frontera coherente con el mundo exterior. Las palabras a veces quedan impotentes ante la fuerza de las significaciones adheridas a los acontecimientos, y el pasaje por el cuerpo se convierte entonces en la única salida. Contar un incesto no alcanza para desactivar el fuego del sufrimiento. Estos comportamientos son intentos de controlar un universo interior aún elusivo y de elaborar una relación menos confusa en uno mismo, entre uno y el otro. Formas paradójicas de comunicación: si bien no traducen un pensamiento consciente e intencionado, no por ello dejan de responder a una actividad de pensamiento propia del instante. Frente a los asaltos de la angustia o el sufrimiento, hay que ponerse fuera de sí, chocar contra el mundo para cortar de cuajo con el afecto.

Las escarificaciones no implican quedar pegado a un síntoma, sino que son un intento de redefinir la existencia cuando hay sufrimiento. Ellas *"pueden reorganizar y estabilizar el traumatismo del mundo de la víctima, proporcionándole una "voz sobre la piel" allí donde la voz real está prohibida"* (McLane, 1996, 107). El sufrimiento sentido a veces está más allá de las palabras y decirlo no alcanza. Las escarificaciones corresponden a una puesta en lenguaje cutáneo, no en oposición a la palabra, sino como conjugación de una palabra que se hace carne y de una carne que se vuelve lenguaje. Dicen para representar el abismo, para no hundirse en él. Hay en el psicoanálisis una especie de dualismo que opone con gusto la "buena" puesta en palabras al "pasaje al acto", como una ausencia de mentalización que implica recurrir al cuerpo, como si el sufrimiento tuviera la opción de fijarse sobre el cuerpo o en la palabra. Las escarificaciones no toman la alternativa del cuerpo por faltar la palabra, conjugan uno y otra en la unidad de un sufrimiento y una

persona. La adolescente que se corta es capaz de sostener un discurso acerca de su acto, lo teoriza. Cuando se lastima no es porque haya enmudecido su palabra, sino acudiendo en su relevo, porque la palabra no alcanza. La herida voluntaria absorbe justamente ese resto que las palabras no atrapan, ese más allá que las palabras no pueden contener. Imprime el grito en la carne, confiriéndole así, un eco más amplio, restableciéndolo eventualmente al seno del lazo social.

Al fijar el sufrimiento sobre el cuerpo, en un lugar preciso, las escarificaciones manifiestan la inestabilidad de la posición ante el mundo hasta tanto lleguen las palabras o al paso del tiempo se construya una definición de sí mismo más propicia; permiten que la existencia siga, transformando al sujeto en protagonista del dolor que se inflige y no en víctima de las oleadas de sufrimiento que lo asaltan. La inmensa mayoría de las adolescentes que se cortan están lúcidas respecto de su práctica, hablan de ella sin que la necesidad del acto resulte por ello desactivada. Expresarla, la mayoría de las veces, no alcanza a atenuar la penosidad. Lejos de ser un pasaje al acto, la escarificación tiene valor de **acto de pasaje**. Permite superar poco a poco los desbordes de sufrimiento. Pone un dique a su virulencia y permite así ganar tiempo. El acto de pasaje posibilita superar la tensión y volver a ser protagonista de su existencia.

Las escarificaciones son intentos de salir de un sufrimiento que reduce a la impotencia tomando una salida de emergencia. El ataque al cuerpo es una manera de atajar la parálisis de un pensamiento incapaz de decir o de cambiar las cosas. Atacar su propio cuerpo es una forma de marcar un sufrimiento, de sacarlo a la superficie, donde se vuelve controlable, extirpándolo de una interioridad escurridiza y minada. Excavar la superficie de la piel permite ir a buscar una llaga íntima para transformarla en llaga física. Poner el sufrimiento a la vista recurriendo al dolor y a la sangre es una manera de simbolizarlo. Forma de lenguaje, pero que, a falta de poder expresar el sufrimiento de otra manera, sigue siendo un rito íntimo de contrabando (Le Breton, 2012).

Esas puestas en peligro deliberadas son intentos de forzar el pasaje para existir. Chloé, víctima de incesto, expresa con sutileza cómo esos cortes no solamente permiten “superar” esos episodios de sufrimiento, sino que también producen una especie de saber acerca de la adversidad encontrada: “*Creo que uno aprende a comprender y aceptar su dolor. A mí, en ese momento, me servía para eso*”. Lucie, también víctima de incesto, explica que “*es un poco como si uno mismo lograra administrar su sufrimiento. No es alguien de afuera que te va a lastimar, como en el caso del incesto o del abuso sexual; ese dolor se lo inflige uno mismo. Por lo tanto, uno tiene control sobre el sufrimiento padecido. Otras cosas entran en juego, es también, entre comillas, un mal que hace bien. Es dejar salir un cierto sufrimiento que podría ser dicho con palabras y que aquí pasa por un maltrato del cuerpo*”.

El ataque al cuerpo es a veces una forma paradójica de comunicación que no está bajo la égida de una conciencia clara, pero no por ello deja de pedir ayuda. “*Me cortaba el brazo. No llegaba hasta las venas, sabes. Agarraba las tijeras, era para que mamá me prestara atención. Era más bien un pedido de ayuda dónde yo no necesariamente tenía ganas de morir*”, dice Helène, 16 años, cuyos padres están divorciados. Vanessa se corta durante sus momentos de depresión y se levanta las mangas en el colegio buscando que se reconozcan sus dificultades. Incluso cuando la herida no es intencionadamente exhibida, la joven procura sin saberlo que se la descubra. “*Cuando lo hago, no tengo ganas de que me vean. Pero creo que inconscientemente, me aseguro de que se vea un poco. Cuando tengo una toallita llena de sangre, no la escondo abajo del tacho de basura. La dejo en la superficie, se la ve. Así que seguramente quiere decir que a pesar de todo quiero que me vean*” (Anaïs, 16 años). Puesta en escena de un comportamiento que apela directamente al otro con una intención de comunicación. Intenta una puesta en contacto, se aboca a buscar una legitimación.

La herida deliberada es a veces un intento de retener al otro. Marina, por ejemplo, se corta cuando su novio no muestra conside-

ración con ella. Si no, dice, no la escucha. Por cierto, él es quien la cura. “*Por otra parte estoy contenta porque así mi novio se va a compadecer de mí. Además, no me importa, es sólo un poco de sangre y no me voy a morir*” (Marina, 16 años). A veces las escarificaciones apuntan a lastimarse para lastimar al otro, único medio de alcanzarlo. El adolescente enarbola sus heridas ante la vista del padre incestuoso o indiferente, de la madre demasiado ausente. La carne viva grita un sufrimiento que el otro no veía o subestimaba.

Si en el contexto de la vida corriente la herida en general es secreta, se la exhibe claramente en la institución, si para ser atendido el joven es separado de su familia. La herida es, entonces, una forma de test de la capacidad de aceptarlo del equipo educativo o terapéutico, una manera de probar su *containing*. La verificación a veces toma un aspecto repetitivo, buscando saber el joven hasta dónde puede poner a prueba la paciencia del equipo. Pero los tratamientos son paralelamente momentos de aferrarse a la palabra, una manera de contarse más que de recurrir al cuerpo que a menudo lleva al joven a rechazar por completo al médico o al hospital con el fin de ser tomado a cargo por una educadora, un psicólogo, una figura investida como susceptible de escuchar, mejor que otros, la queja (Le Breton, 2011; 2012). La misma lógica se encuentra en las prisiones.

En todos los casos, con un gradiente más o menos pronunciado, el acto permite un pasaje, una transición hacia la otra orilla. Es un intento de restauración del vínculo. El pasaje al acto elimina en parte del escenario al sujeto. Pero éste también es en potencia un acto de pasaje si se convierte luego en motivo de comunicación o de vuelta sobre sí mismo. De manera más inmediata, el acto de pasaje es un acto deliberado para superar el ascenso del afecto. Acción sobre sí mismo que funciona como un apoyo para liberarse de la anterior pesadez; remedio para zafarse de una situación sin salida, el acto de pasaje, aunque se repita, es un camino trazado en el cuerpo, pagando su precio, para volver a encontrarse y reunirse otra vez con el vínculo social.

Las escarificaciones son soluciones de compromiso destinadas en principio a garantizar una transición, un pasaje difícil de la existencia, pero pueden fracasar en contener el sufrimiento y desembocar en una escalada. Clémence, que se tiró con una amiga de un acantilado en enero de 2005, escribía unos días antes de matarse, sobre su intento de suicidio de dos meses antes: *"Al principio era apenas en broma. Una cuchilla, una navaja de afeitar, era algo muy liviano, me hacía un bien fenomenal. Pero luego se puso peor, para evacuar toda mi pena tenía que ir más a fondo, acercarme más a la muerte"*. En su blog, a fines de diciembre, describía lo que detestaba: *"Yo, mi vida, el camino lamentable que toma mi destino"* (Le Monde, 29-01-2005).

Especificidad adolescente

En la inmensa mayoría de los casos estas conductas de juego con la muerte o de alteración del cuerpo no son en absoluto indicios de patologías mentales o anticipo de un pronóstico desfavorable para el porvenir. Son más bien intentos de forzar el pasaje para existir. *"Sería un grave error de evaluación considerar las manifestaciones de la adolescencia como equivalentes a las de la edad adulta, porque eso no tomaría en cuenta las distorsiones del proceso de desarrollo -es decir, la naturaleza y calidad de la experiencia de la angustia resultante de la confrontación con un cuerpo sexualmente funcional en tanto que hombre o mujer- ni de las posibilidades de revertir el proceso patológico que existe en ese caso. En este campo de la patología, los riesgos de un error de diagnóstico son muy importantes"* (Laufer 1989, 223).

Los términos empleados para denominar esas conductas son a menudo estigmatizantes: automutilación, auto agresiones, masoquismo, etc. Incluyen una connotación peyorativa asociada a la locura, a la enfermedad mental. La violencia de la denominación y de las actitudes frente a las escarificaciones o a las otras lesiones voluntarias incrementan el sufrimiento de tener que actuar así para

seguir viviendo. Más que las otras conductas de riesgo, las cortaduras quedan atrapadas en un discurso moralista: ¿cómo se puede llegar hasta allí? ¿Cómo es posible hacerse eso? Allí donde después de un intento de suicidio un sujeto encuentra compasión y escucha, la persona que se corta o la emprende contra su piel encuentra más bien incomprensión e ira (Favazza, 1987, 14 ss.). Ross y McKay lo destacan: *"evitamos cuidadosamente hablar de los comportamientos de nuestros pacientes en términos patológicos o en términos de deficiencia"* (1979, 147). Los ataques al cuerpo no son en absoluto automutilaciones como se dice a menudo, porque en ningún caso producen daños irreversibles a la funcionalidad del cuerpo (muestra de psicosis), sino alteraciones de la superficie de la piel que dejan a lo sumo una cicatriz. El término de automutilación es un abuso de lenguaje que dramatiza la situación, paralizando a menudo la acción de terapeutas o trabajadores sociales a los que les cuesta salir de su estupor.

La incisión corporal es mucho más perturbadora que las conductas de riesgo de las jóvenes generaciones que plantean la no despreciable hipótesis de la muerte. Sin embargo, una persona que se corta está lejos de poner en peligro su existencia. Pero la herida deliberada es impactante, porque da testimonio de una serie de transgresiones insoportables para nuestras sociedades. Al cortar la piel se ataca la sacralidad social del cuerpo. La piel es una muralla que no se puede franquear sin causar horror. Del mismo modo, es impensable lastimarse a conciencia sin que sea evocada la locura, el masoquismo o la perversidad. Derramar sangre cuando para muchos de nuestros contemporáneos su sola vista provoca el desmayo o el espanto, es otra prohibición transgredida. Y, sin embargo, se la derrama en forma deliberada. Aún más allá, la cortadura es un juego simbólico con la muerte, en la medida en que imita a la muerte de sí, el juego con el dolor, la sangre, la mutilación (Le Breton, 2003). Pero la transgresión simultáneamente crea potencia. De ahí la eficacia de las escarificaciones para el alivio de las tensiones internas.

Ritos privados para conjurar el sufrimiento

Las escarificaciones son el precio a pagar para no perderse. La parte a sacrificar para salvar el todo de la existencia. Son un recurso antropológico para oponerse a ese sufrimiento y preservarse, un remedio provisorio y eficaz contra los embates del sufrimiento. Algunos se alegran de disponer de él para poder franquear los trances dolorosos sin atentar contra su vida. *"Las heridas son como amigas para mí. Cuando las cosas andan mal, puedo volverme hacia ellas. Tengo una bolsa de vidrios rotos cerca de mi cama. A veces, cuando me voy a la cama, agarro un pedazo, que puedo utilizar o no. Eso me da una sensación de seguridad"* (en Babiker, Arnold, 1997, 74).

Ese sacrificio no implica una voluntad de intercambio interesado, en la medida en que el sujeto ignora lo que busca. La prueba se le impone a su pesar. Las conductas de riesgo o los ataques al cuerpo no siguen una lógica de interés, están en busca de una significación presentida de la que el joven no tiene clara conciencia. Gracias a las transgresiones operadas por el acto, la eficacia simbólica puesta en juego tiene suficiente potencia como para modificar al sujeto.

A la objeción de que esos comportamientos son privados y no están validados por los demás, que son anti-ritos, o ritos degradados o desquiciados, es fácil responder que sólo el protagonista lleva la contabilidad de su significación. Sólo importa el investimento operado a su respecto. Un rito socialmente valorado no necesariamente es propicio para quien lo vive con aburrimiento o indiferencia; si el joven no se apropia de él en primera persona, es ineficaz. Lo que importa, tratándose de conductas de riesgo o de ataques al cuerpo, no es la dimensión social y valorizada del comportamiento, sino la búsqueda específica del joven, de la cual él no siempre conoce el objeto. La eficacia simbólica no siempre requiere de la presencia de un grupo o de un rito socialmente elaborado. No por ello deja de ponerse en marcha en solitario cuando el protagonista manipula temibles instancias antropológicas como el dolor, la herida, la sangre. Además, es importante pensar simultáneamente en la

singularidad de la historia de cada individuo, la sensación de que es el único que sufre semejante desamparo y, por otra parte, en la dimensión eminentemente colectiva de esos comportamientos. Son los mismos gestos, las mismas modalidades de ejecución, las mismas palabras las que en el mismo momento caracterizan a miles de jóvenes a través del mundo. La noción de rito privado permite sostener en la misma mano la dimensión social y singular de esos actos.

Todo sufrimiento atestigua de una detención del movimiento de la existencia, pero aun así hay que seguir viviendo sin perderse del todo. La herida voluntaria permite seguir avanzando, pero sobre el filo de la navaja. Lo intolerable de la muerte en la vida y de la vida en la muerte apela a la necesidad de liberarse de la ambivalencia, de zanjar¹⁰ la herida del sentido para que advenga la curación de los recuerdos, es decir, una memoria evocada por la palabra y no por el dolor y la sangre. Atacar al cuerpo es volver a poner en movimiento el sentido y, por lo tanto, al tiempo en que el individuo vivía como un muro que le cerraba el horizonte.

Si el arraigo en la existencia no es apuntalado por un suficiente gusto por vivir, queda cazar furtivamente el sentido, provocar al mundo poniéndose en peligro o en situación difícil para encontrar por fin los límites faltantes y sobre todo poner a prueba la legitimidad personal. Cuando el mundo ya no se ofrece bajo los auspicios del sentido y la valoración, el individuo dispone de un último recurso yendo por espacios poco frecuentados con riesgo de perecer. Al arrojarle contra el mundo, al lacerar su piel, busca asegurarse de sí mismo; prueba su existencia, su valor personal. La confrontación con el mundo se impone a través de la invención de ritos íntimos de contrabando. Con el sacrificio de una parcela de sí en el dolor y la sangre, intenta salvar lo esencial. Al infligirse un dolor controlado, lucha contra un sufrimiento infinitamente más pesado de llevar. Salvar al bosque implica sacrificar una parte de él. Así se corta por

10. El término utilizado en francés -trancher- significa también "cortar" (N. del T.)

lo sano. Para seguir viviendo, a veces hay que lastimarse para que duela menos.

La noción de rito de pasaje, elaborada por la etnología a través del estudio de las sociedades tradicionales, debe ser pensada de nuevo en el contexto de las sociedades occidentales. Las conductas de riesgo van a la inversa de ese proceso social. En nuestras sociedades, la entrada a la edad de hombre concierne a un individuo que vuela con sus propias alas, aun cuando la filiación no esté necesariamente rota. En todo caso, es secundaria en relación a su importancia en las sociedades tradicionales. El acceso a una nueva dimensión del gusto por vivir, no está construido socialmente como una serie de etapas que convergen en un ritual establecido ante la mirada unánime de la comunidad. Ninguna progresión viene a jalonar esas pruebas haciéndolas deseables y previsibles. Son solitarias y se imponen en un contexto de desvinculación social, real o vivida como tal. Inconscientes de su búsqueda final, abrevan en el sufrimiento de no encontrar significación a su existencia. La respuesta aportada es provisoria, a veces insuficiente para afirmar el sentimiento de su valor personal. Las instancias sociales les son hostiles e instalan estructuras de prevención para ponerles fin; provocan el dolor de los padres (o de los allegados). Ponen en juego el riesgo de muerte, de herida, de discapacidad, de enfermedad. La metamorfosis de uno mismo creada por la prueba, cuando existe, no es transmisible a los demás y no responde a ninguna memoria colectiva. Además, el éxito de la prueba nunca está garantizado, se lo paga caro. Lejos de ser acreditada por la comunidad, la institución de sí, cuando por casualidad aparece, es estrictamente íntima.

Sin embargo, aun cuando esté solo al ponerse en peligro, aun cuando nadie sepa de la prueba atravesada, el individuo, a través de las sensaciones experimentadas en contacto con el peligro, al escapar de la muerte, descubre en sí mismo recursos inesperados. Se esfuerza por retomar el control de su existencia. Surgen ante nuestros ojos nuevos ritos de pasaje, individuales, ampliamente difundidos. Pero ya no encarnan a la escansión socialmente rituali-

zada del pasaje de la adolescencia a la edad de hombre, marcan más bien el acceso a una significación. Si el desenlace es favorable, esta aproximación simbólica o real a la muerte genera una potencia de metamorfosis personal que reconstituye el gusto de vivir, al menos por un tiempo. Regenera el narcisismo personal, restaura el sentido y el valor de la propia existencia si la sociedad fracasa en su función antropológica de expresar por qué vale la pena vivirla, por qué el ser es preferible a la nada. En la embriaguez del peligro o en frío, el joven tiene a veces el sentimiento de volver al mundo. Pero, a veces, hay que volver a empezar. Los ritos no necesariamente aplacan el sufrimiento, pero lo atenúan, lo contienen cuando de otro modo reinaría la impotencia. Son salidas, por lo menos provisionarias, ante la angustia sentida frente al posible colapso; construyen una contención en el sentido social, para no perderse frente al acontecimiento, y en el sentido psíquico, en tanto reconstituyen una envoltura de sentido que restaura un límite.

Hablar de rito individual de pasaje para las nuevas generaciones, implica recurrir a una forma clandestina y solitaria de simbolización del gusto por vivir. El acto es singular, sólo tiene valor para el que se atreve a él, el joven no siempre es lúcido respecto del objeto de su búsqueda, y si sobrevive, su estatus social no cambia en nada. El ser mismo del hombre es virtualmente cambiado, pero el recurso ordálico puede terminar en un fracaso que no traiga el cambio interior anhelado, agravando aún más la situación. Contiene, sin embargo, una posible revelación de identidad. Su multiplicación en formas dispersas e individuales hace de él un fenómeno sociológico. Éstas son formas de caza furtiva del sentido, ritos íntimos de contrabando, por lo que hay profesionales que buscan prevenirlas, pero favorecen la integración social y el sentimiento de estar acreditado, de haber encontrado por fin la significación de su existencia. El comportamiento ordálico, en su infinita diversidad, es una respuesta dolorosa a las fallas culturales y sociales. Es una especie de último recurso para el que de todos modos cree no tener nada que perder. En nuestras sociedades, el rito individual de pasaje es

una réplica dolorosa a la exclusión del sentido. Es una manera de escapar por un pelo a la liminalidad.

Estas pruebas, aun cuando sean peligrosas y dolorosas, responden a esa necesidad interior de arrancarse a sí mismo y renacer en otra versión, mejor, de uno mismo, después de haber mirado real o simbólicamente la muerte a la cara. Se trata de destruir la antigua personalidad, de darse a luz a sí mismo en otra forma. El joven es víctima de dudas acerca de su capacidad de escapar de la infancia, de hacerse hombre. Tiende con fuerza hacia otra cosa, la preocupación por acceder a la autonomía, demostrándose a sí mismo y a los demás que está a la altura, que es digno de confianza y de estima. De donde a veces se produce la escalada de pruebas, la multitud de conductas de riesgo, por ejemplo, o bien su equivalente, ritos de pasaje armados por los grupos de jóvenes.

Nacer o crecer ya no alcanzan para tener un lugar de pleno derecho en el interior del lazo social, hay que ganarse el derecho a existir. Si nuestras sociedades construyeran la evidencia de la entrada en la vida, si señalizaran el camino y le dieran una finalidad, si supieran prodigar las significaciones propicias para la construcción de uno mismo y el avance en la vida, no se enfrentarían a un desarrollo tan amplio de los sufrimientos adolescentes o de las conductas de riesgo. Cuando el medio social en el que vive no le concede su reconocimiento, el joven lo busca por sí mismo, poniéndose en peligro o provocando a los demás. Al enfrentarse a la muerte, prueba su propio valor, el que no podía leer en los ojos de los demás.

La puesta a prueba de sí mismo, en el modo individual, es una de las formas de cristalización moderna de la identidad cuando el joven está en sufrimiento, en suspensión, con la imposibilidad de entrar en la vida. Muchas de esas tomas de riesgo dan por fin la impresión de vivir, por medio del contacto que suscitan con el mundo, las sensaciones provocadas, el júbilo experimentado, la estima de sí que movilizan. Lejos de ser puramente destructivas, tienen que ver con una prueba de sí mismo, una búsqueda a tientas de límites. Cuando han fracasado los otros modos de simbolización,

escapar de la muerte, tener éxito en la prueba, suministra la prueba última de que reina una garantía sobre su existencia. Esas pruebas son ritos íntimos, privados, auto referenciales, no sabidos, desvinculados de cualquier creencia y que le dan la espalda a una sociedad que busca prevenirlas. A veces incluso provocan la sensación de un renacimiento personal, se mudan en formas de auto-iniciación (Le Breton, 2005; 2007).